

Barcelona

(una ficción gótica)

Sociedad Lunar Ediciones



Belén Gache

Barcelona (una ficción gótica)

Belén Gache

www.belengache.net

Sociedad Lunar Ediciones

Colección Narrativa Experimental

2004

www.sociedadlunar.org

BARCELONA
(UNA FICCIÓN GÓTICA)

Belén Gache

DE RATAS PARDAS Y SÁBANAS BLANCAS

Cae la noche en la parte baja del Raval. Las medievales paredes de piedra, manchadas de negro y corroídas por la sal del mar, exudan humedad y olor a orín. El pequeño Jacint ha comenzado a perseguir lo que él pensaba que era un gato, pardo como todos los gatos a esas horas del atardecer. No sabe que en lugar de un gato es una enorme rata parda y catalana. La rata se desplaza veloz por el empedrado y las intermitentes sombras que arrojan los faroles de gas agigantan su lomo erizado, su cola erguida, contra los proletarios y sordos muros. Tras ella, el pequeño Jacinto avanza con pasos torpes, balbuceando algunas de las escasas palabras que domina. Jacinto tiene solo dos años. Su madre lavandera no tiene con quién dejarlo durante el día y debe llevarlo con ella a su trabajo.

La madre de Jacint está enferma. Tose con un tos seca y, de vez en cuando, escupe verdes flemones. El lavadero donde realiza su colada se encuentra en un interior de manzana donde todo es húmedo y frío. Los cambios de temperatura del agua y la permanencia en pie durante tantas horas en un ambiente tan húmedo han minado su salud.

Pero su precaria economía no le permite faltar a su trabajo.

Todo el día junto a ella, Jacinto se aburre y, cada dos por tres, desaparece de su vista para aparecer a los pocos minutos dentro de alguna canasta de ropa recién lavada o sentado en el zaguán enrejado de alguna casa o jugando sobre la carreta de alguno de los desdentados vendedores ambulantes de la zona. Hoy, en cambio, su madre no logra encontrarlo.

Jacint! Jacint! –sus gritos hacen ecos en la noche y se pierden en el silencio laberíntico de las calles de la ciudad vieja cubiertas de bruma.

El pequeño Jacint se ha evaporado como una nube después de la tormenta.

La calle permanece vacía, iluminada únicamente por las fantasmagóricas farolas de gas cuya luz difusa estalla aquí y allá, como crisantemos detrás de la neblina. La madre del pequeño Jacint deja caer su canasta de ropa al piso y cae ella detrás, desmayada.

La guardia urbana, advertida, recorre las calles góticas con sus pesadas botas de cuero, sus gabanes azules de botones cruzados y sus linternas de cebo en alto. Cada tanto hacen sonar sus ensordecedores silbatos, que retumban en la noche como

el aullido de un animal agonizante.

-¡Alto ahí! ¿Quién vive?

Ratas y ratones, mendigos y ladrones, borrachos y prostitutas se mimetizan con las sombras y las calles permanecen, en apariencia, vacías. Jacint es el séptimo niño que desaparece en un lapso de dos semanas. Nadie ha oído ni visto nada.

FIESTA EN EL PALACIO DE LA CONDESA ORLOV: CULTIVANDO MISTERIOS EN EL JARDÍN DE LAS ROSAS

A medida que uno asciende por la ladera del Tibidabo, la ciudad de Barcelona va quedando atrás, cada vez más pequeña. Las casas aquí son más bonitas y uno puede incluso encontrar mansiones con jardines donde pasean faisanes de largas colas amarillas y pavos reales y lagos artificiales irrigados por las aguas del río Llobregat.

Precisamente allí, entre los bosques de encinas y robles y también palmeras y nopales, está situado el palacio de la condesa Daria Ivanovna Orlov, construido a la última moda de los tiempos, por un famoso arquitecto modernista catalán. Al mismo se ingresa atravesando una entrada en la que destaca una inmensa reja de forja flanqueada por dos columnas torsas de cerámica policromada. A continuación se asciende por una monumental escalinata hacia una enorme sala cuyas paredes están ornadas con centelleantes apliques neo-griegos de oro y de plata y sus ventanas están recubiertas por cortinas de moiré de pliegues ondulados, a la que todos conocen como la Sala de las Estatuas.

Aunque todo en el palacio de la condesa Daria Ivanovna es maravilloso, posiblemente lo más maravilloso sea el jardín. Posee 30 pabellones entre los que se cuentan, por ejemplo, un templo griego, una pagoda china, una pirámide egipcia, un coliseo en miniatura, una réplica de la torre de Pisa y otra del santuario de Boro Budur de Java. Hay allí también 150 fuentes colocadas siguiendo un riguroso patrón geométrico, de cuyas bocas emergen sincronizados juegos de aguas coloreadas. El jardín está, además, colmado de rosales de todas las especies conocidas. Hay allí plantados 10.000 rosales de 220 variedades distintas, por ejemplo, las rosas inglesas, las rosas Virginia, las rosas Coral, las del Amazonas, las grandifloras, las enanas y las Borbón, por citar unas pocas. Pero entre todas ellas se destaca la rosa Barcelona, que abarca varios parterres de la parte sur del predio. Continuamente, el jardín es trabajado por una legión de jardineros vestidos con mamelucos de color amarillo que, con movimientos maquínicos, casi espasmódicos, cultivan, podan, transplantan, injertan en cada uno de los parterres.

La condesa Daria es una exilada política. Perteneciente al círculo de Felix Yusupov en su Moscú natal, había conspirado junto con Pavlovitch y Purihkevitch en el asesinato del monje Rasputín y por esto había sido enviada al exilio por el zar Nicolás II. La verdad es que la condesa tuvo que salir de

Rusia prácticamente escapando. Salió por el puerto de Rostor en un barco que hizo escala en Yalta y desembarcó en la Isla de Malta. De allí pasó a Italia en otro barco y desde allí viajó en tren a París, gastando una fortuna para lograr atravesar el país sin un correspondiente visado. Con ella transportaba su famosa colección de autómatas en una enorme caja, En París se alojó en el Hotel de la Vendôme, desde donde arregló la compra de su palacio en el Tibidabo.

Una extraña leyenda negra precede a la condesa. Todo comenzó a partir del comentario del conserje del hotel de París, quien mencionó frente a cierto comerciante catalán un hecho curioso:

-“¿Se ha fijado usted? Nadie ha visto nunca comer a la condesa.”

Además le dijo otra cosa: la mujer salía todas las noches y llegaba al amanecer con sus ropas salpicadas de sangre.

La condesa Daria decidió establecer su residencia definitivamente en el Monte Tibidabo.

El resentimiento profundo que ha desarrollado contra Rusia, su país natal, la hace frecuentar los grupos germanófilos, a los que pertenece, por ejemplo, el sórdido barón von Buch, con su parche negro tapándole el ojo derecho y su pata de palo.

El barón se encuentra en este momento, precisamente, en una recepción brindada por la condesa en la Sala de las Estatuas. Se hallan allí también presentes, entre otros, el duque de Flandes, el marqués de Zamboanga, el duque de la Torre, el marqués de Paredes, la duquesa de Chafarinas, el prefecto de Barcelona y el canciller del Pi. Todos conversan, beben champagne rosado y comen ostiones en almíbar y bocadillos realizados con exquisito pulpo de Madagascar. Todos, claro, menos la condesa.

El canciller del Pi, evidentemente ajeno a la leyenda que la precede, comenta al besar su mano, intentando ser galante:

-¿No come usted ostiones, señora condesa? ¡Están exquisitos! Un ser tan elevado como usted se alimentará sin duda únicamente de ambrosia, al igual que los dioses griegos.

La condesa permanece silenciosa y se limita a sonreír enigmáticamente frente al comentario. Si el canciller hubiera sido más perspicaz, hubiera visto un extraño brillo iluminar por un segundo su oscura mirada.

Hugo y Txitxo, los sirvientes personales de la condesa, pasan por entre los invitados ofreciendo en sus brillantes bandejas de plata petit fours hechos con salmón de Crimea, paté de fois de Friburgo y

langosta de Finlandia, víveres bien difíciles de conseguir, sobre todo en tiempos de guerra. Ellos son realmente extraños: sus ojos parecen metálicos y vacíos, sus cabezas son cuadradas y sus frentes y mandíbulas parecen estar sujetas a sus rostros mediante tornillos. Su andar es pesado, rítmico mecánico, inhumano.

Mientras tanto, en el jardín, la anciana duquesa de Chafarinas, que es bastante corta de vista, acerca su monóculo a uno de los rosales donde florecen unas inmensas rosas Barcelona, con sus pétalos de terciopelo y su dulce fragancia de damasco. Un jardinero de cabellos rojos y mameluco amarillo pasa precisamente por su lado. La duquesa le pregunta por el nombre de esas flores pero el jardinero sigue su camino sin ni siquiera dirigirle la palabra.

Entonces, el prefecto de Barcelona se le acerca:

-¿Acaso no lo sabe usted? Todos los sirvientes de la condesa Daria, son sordos y mudos.

ATENTADO EN EL PUERTO: VUELOS, REVUELOS Y OLAS COLOR TURQUESA

Es una tranquila mañana, como cualquier otra, en el puerto de Barcelona. Los barcos cargan y descargan sus mercaderías. Los pescadores venden pescados y mariscos en sus puestos. Los paseantes caminan bajo el tibio sol del invierno o se sientan en las escalinatas de piedra con la vista fija en el mar Mediterráneo.

De repente, una tremenda explosión en el agua sacude el paisaje. Una gran ola color turquesa de sal y ruido se levanta hacia el cielo y cae con estruendo salpicando la orilla. Algunas personas corren a guarecerse dentro de los edificios. Los más valientes se acercan a la costa y tratan de averiguar qué es lo que ha pasado.

En estas épocas de guerra, no es la primera vez que se escuchan explosiones. Aun siendo Barcelona una ciudad supuestamente neutral, se han torpedeado en más de una ocasión barcos mercantes sospechados de llevar mercaderías a los países aliados. No hace mucho, por ejemplo, ha sido destruido un barco correo que iba para Argelia. Durante varios días se han visto bolsas de correspon-

dencia, empapados paquetes lacrados, postales y cartas con desdibujadas caligrafías y cadáveres de marineros, hinchados por el agua de mar, llegar hasta la costa arrastrados por la marea.

Aunque se supone que es un secreto, todos saben de la existencia de submarinos alemanes en aguas españolas. Es más: se sospecha que los agentes alemanes compran información a funcionarios corruptos, quienes les indican no sólo acerca de la ubicación sino también sobre el contenido de las embarcaciones que entran y salen del puerto.

Esta vez, sin embargo, lo que ha explotado no ha sido un barco aliado sino uno de los submarinos alemanes.

El despacho del barón von Buch está ubicado en el ala norte de su domicilio particular, en el barrio de Gracia. Las paredes están cubiertas con paneles de roble. Junto a la ventana hay un enorme retrato de Paul von Hindenburg con sus grandes bigotes y su pecho lleno de medallas. En la pared sobre su escritorio, la bandera negra, blanca y roja del Ejército Imperial Alemán, con el águila en el centro con sus grandes alas desplegadas y su coronita roja sobre la cabeza.

Sobre una gran mesa, en el centro de la habitación, se despliegan unos enormes mapas de Europa

marcados aquí y allá con unas precisas cruces rojas. Se trata de las ubicaciones de los sumergibles U-boat en el mar Mediterráneo. Los U-boats (o unterseeboots) toman su nombre del sistema de nominación de los submarinos alemanes, que llevan una U mayúscula seguida por un número. Estos submarinos patrullan las aguas del mar Mediterráneo, así como las del mar Cantábrico, el Canal de la Mancha, el mar del Norte y el océano Atlántico. Sus blancos principales son los convoys mercantes que abastecen a los aliados. Estas naves, con sus potentes motores diesel han demostrado ser, hasta el momento, extremadamente efectivas.

El barón von Bruch nació en Posen, en el reino de Prusia, en 1846. A los veinte años peleó en la Batalla de Konogratz y a los veinticuatro, en la guerra franco-prusiana. Allí perdió el ojo y la pierna derecha, motivo por el que debió darse de baja del Ejército Imperial.

Von Buch está sentado a su escritorio y observa con su sólo ojo al nervioso canciller del Pi quien transpira frente a él y parece no poder terminar de acomodarse en su silla de cuero verde. El barón,

con una voz tranquila y pausada en la que sin embargo no deja de percibirse una amenaza velada, señala:

-Cierta oficial del ministerio de Interior me ha confirmado la presencia en territorio catalán de espías aliados...-dice como al pasar.

El canciller retuerce sus manos como si intentara hacer con ellas un ovillo de dedos. Las palabras del barón quedan resonando en el gélido silencio de la habitación.

El barón von Buch toma un cigarro cubano de una caja recién traída de Cuba. Se trata de un habano Partagás Coiba, caracterizado por tener sus dos puntas en forma de pico. Con movimientos ralentados que parecen tener la intención de poner aun más nervioso al canciller del Pi, corta unas de las puntas y lo lleva a su boca. Lo prende y aspira el humo dejándose envolver en su nube, concentrándose en su sabor, su perfume.

De pronto la nube se evapora y el barón vuelve en sí con su rostro transformado en el rostro de un águila imperial paranoica y tuerta. Su monstruoso ojo de diamante dispara directamente al centro de la frente del desencajado canciller. Su voz emana cuadrofónicamente de las paredes del recinto:

-Hoy hemos perdido otro de nuestros submari-

nos, con lo cual no es difícil para mí concluir que usted es más útil para los aliados que para nosotros mismos.

El canciller del Pi sale a la calle temblando, sumido en confusos pensamientos. Si hubiese mirado hacia el cielo, hubiera visto una bandada de palomas blancas que cruzaban la ciudad rumbo al norte, hacia los Pirineos. Si hubiera mirado mejor, hubiera visto, además, algo extraño en esas palomas cuyo vuelo era demasiado rítmico, cuyo batir de alas era demasiado mecánico.

A los pies de las palomas, la ciudad de Barcelona se extendía con su abigarrado tejido de triángulos grises, los profundos y negros surcos de sus calles, el borde azul del mar, con sus cientos de barquitos amarrados en los doques.

EL COBERTIZO DONDE SE GUARDAN TODOS LOS SECRETOS

Cuando uno asciende por el monte, camino al palacio de la condesa Daria, atraviesa un sector de huertas, baldíos y pequeñas casitas suburbanas. Allí los habitantes suelen criar histéricas gallinas y rosados conejos que, sistemáticamente, irán a terminar sus trágicas vidas formando parte de un puchero o de un guisado.

En uno de los costados del camino, hay una pequeña quinta cuyo pasto crece libre y en forma irregular. Allí, entre zarzas y moreras salvajes, encontramos un cobertizo de unos ocho metros de largo por otro tanto de ancho, realizado en forma bastante precaria con maderas y alambre tejido.

Adentro hay varias docenas de palomas, algunas pequeñas de pico corto, otras con buche, otras de color azulado y picos largos, otras blancas, rojas o doradas. Hay allí también palomas indias con cola de moño y con cola fantasía, palomas colipavas y palomas jacobinas.

Cuidar palomas en cautiverio no es tarea fácil:

hay que alimentarlas, al menos, dos veces al día con maíz y semillas de mirasol mezcladas con hojas de plantas locales tales como el plumbago, las hipomeas o el tilo. Además, hay que vigilar que tengan todo el tiempo agua a su disposición y, muy especialmente, que no se enfermen debido a la gran facilidad de contagio que posee la especie. Especialmente peligrosas serán en este sentido la Enfermedad Apiaria del Llanto o la Viruela del Pollo.

Pero las palomas del cobertizo que se encuentra en la ladera del Tibidabo poseen una característica especial: son palomas mensajeras. Han sido cuidadosamente entrenadas para retornar a su hogar desde distancias que a veces superan incluso los 1.500 km. Esto es posible debido a que las palomas tienen una particularidad: son capaces de memorizar visualmente los paisajes.

Si uno se acerca a las palomas del cobertizo, podrá ver que cada una de ellas tiene una pequeña cinta con un número atado alrededor de su pata. Este número corresponde a un minucioso registro donde se encuentra asentado cuántos vuelos ha realizado el ave y la distancia y el tiempo que le han demandado los mismos. Debe tenerse en cuenta que algunas tardan días en realizar sus vuelos y que, además, las palomas nunca viajan por las noches.

Pero, ¿quién cuida de estas palomas? ¿Quién las ha entrenado? Inquiridos los vecinos del cobertizo

responden en forma difusa. Algunos de ellos manifiestan que, en ocasiones, han visto por allí a un joven con cabellos rojos, vestido con un mameluco amarillo, pero la verdad es que rara vez si ven por allí a nadie.

LA RAMBLA DE LAS UTOPIÁS FRUSTRADAS

Llueve sobre la ciudad. Todo es de color gris briloso esta mañana de domingo en Barcelona. La ciudad amaneció hoy empapelada con unos afiches con la imagen de un enorme murciélago negro bajo el cual puede leerse la siguiente frase de Proudhon: El Estado es un vampiro.

La avenida del Paralelo, en los alrededores del Teatro Apolo, está poblada de hombres y mujeres que asisten a un mitin convocado por varias agrupaciones enfrentadas a la oligarquía española y, especialmente, a la burguesía catalana, con su pomposidad y sus lujos estridentes. Bajo una lluvia fría, cada vez más intensa, se reúnen por igual republicanos, socialistas y anarquistas para debatir las graves acusaciones que pesan sobre las autoridades locales. De las mismas se sospecha que han realizado una serie de atentados, incendios de fábricas y asesinatos de ciudadanos, con el mero fin de acusar de dichas acciones a militantes populares, para así encarcelarlos o, directamente, ejecutarlos.

Muchas cosas extrañas están ocurriendo últimamente en la ciudad. El último viernes, sin ir más lejos, un conocido industrial metalúrgico había sido baleado por unos pistoleros desconocidos. Su cuerpo sin vida había sido hallado horas después sobre el empedrado de una calle lateral. El crimen le fue endilgado a unos trabajadores anarquistas de una fábrica textil.

Entre los concurrentes al mitin se encuentra la joven Esmeralda, quien se guarece de la lluvia bajo el alero de una ventana. Esmeralda no llega aun a los veinte años de edad. Es la mayor de nueve hermanos y habita junto a su familia en un edificio de la Ciudad Vieja en donde subsisten a pesar de la hacinación y el hambre, como tantas otras familias proletarias.

También ella obrera textil, desde un rincón escucha con cierto desdén los comentarios de los diferentes oradores. Adherente por su parte a las ideas del anarquismo individualista, desprecia el modelo sindicalista y obrerista del internacionalismo bakuninista que ha primado en España.

Desde una improvisada tribuna en la vereda, un delegado sindical arenga a su público:

-Compañeros, el movimiento de los trabajadores debe pelear por una sociedad justa. ¡Unámonos en la lucha!

Esmeralda, desde su rincón, lo increpa:

-¡Sólo la responsabilidad individual destruirá la propiedad y al Estado!

Su intervención es ignorada por el auditorio, pendiente de las palabras del delegado sindical.

Junto a Esmeralda, Emma, una compañera de trabajo de Esmeralda, joven rusa nacida en Kovno, intenta calmar a su pequeño hijo Gregor, de apenas 18 meses, un niño de mejillas sonrosadas y gran gorro de lana que no para de llorar.

El conferenciante de turno continúa:

-Marchemos a la huelga, compañeros. ¡Justicia para los trabajadores!

Pero sus palabras son interrumpidas por una fuerte explosión. Una catarata de cristales rotos cae sobre los manifestantes. Esmeralda se cubre el rostro con los brazos para evitar que los fragmentos de vidrio se incrusten en su piel. Todo se vuelve confusión, humo, gente que corre en todas direcciones. Esmeralda escucha un desgarrador grito a su lado: en medio del caos reinante, Emma ha perdido a su hijo.

Junto con un grupo de compañeros de la fábrica, buscan al niño por las calles aledañas a la Avenida del Paralelo. Incluso su búsqueda se extiende hacia la zona de las ramblas y por los alrededores de la

Catedral. Sórdidas gárgolas de rostros contorsionados los observan, testigos mudos, desde las cornisas. El niño ha desaparecido y nadie parece haber visto nada.

Un muchacho que trabaja en la carbonería comenta, al pasar, que cree haber visto a un hombre escurriéndose por la Carrer del Bisbe cargando una gran bolsa de arpillera que parecía moverse a sus espaldas.

-El hombre tenía la cabeza cuadrada, y un andar pesado y rítmico. Al verlo, pensé que se trataba de Txitxo, uno de los sirvientes de la condesa Daria Ivanovna Orlov. Pero después pensé que eso era imposible. ¿Qué podría estar haciendo Txitxo en la ciudad a estas horas?

Y luego les comenta a todos:

-¿Sabíais que todos los sirvientes de la condesa son sordos y mudos?

Y el muchacho conoce bien a Txitxo porque es él el que suele subir las bolsas de carbón desde la carbonería hasta el palacio de la condesa.

MELODÍA PARA LA CENA DE CANÍBALES HAMBRIENTOS

A través del balcón de los aposentos de la condesa Daria se ve el atardecer color naranja. Delicadas nubes rosadas, tan suaves como plumas de ganso, forman una críptica caligrafía en el cielo.

La habitación está pintada de color cereza. Sus paredes están cubiertas de cuadros venecianos y su piso de alfombras persas que poseen motivos de flores, árboles, pájaros y remiten a la idea del jardín del edén.

Sobre la cabecera de la cama, hay una serie de gouaches de Antoine Baudoin adquiridos recientemente por la condesa a los herederos del anciano Duque de Champfleury. Baudoin, pequeño maestro galante del siglo XVIII, pasó a la historia del arte como el maestro de los levers, los deshabillés, las alcobas de los amantes, las fantasías, los encuentros y los caprichos amorosos y es uno de los artistas preferidos por la condesa, amante incondicional del arte pompier.

Vestida con una vaporosa robe de chambre color aguamarina cuyos etéreos bordes de encaje semejan la espuma de mar, Daria aguarda con inquietud, reclinada sobre su chaise long preferida. Pocos minutos después se abre la puerta de marco dorado y da paso a Hugo y Txitxo que penetran en la habitación cargando una pesada bandeja cubierta con una campana de plata. Los aposentos de la condesa se reflejan invertidos sobre el espejo cóncavo de la campana: los puntos de las luces de las arañas de cristal forman una constelación dorada que semeja a una de las cinco esferas transparentes que giraban alrededor de la Tierra, y en las cuales se hallaban incrustadas las estrellas fijas, el Sol, la Luna y los planetas, tal como Eudoxo de Cnido había imaginado el Universo, en el siglo IV antes de Cristo.

Hugo y Xixo apoyan la bandeja sobre una mesa y se retiran caminando hacia atrás y repitiendo una y otra vez ensayadas reverencias. Si alguien hubiera observado en este momento a la condesa, hubiera visto sus pupilas cada vez más brillantes y dilatadas a medida que levanta la campana de plata y deja al descubierto una rechoncha pierna humana, terminada en un delicado piecito de niño, ubicada primorosamente sobre un mullido colchón de endivias.

Transformada de pronto en un animal de presa, la condesa toma la pierna entre sus manos y clava en ella su ansiosa dentadura. Hilos de sangre de niño comienzan a caer copiosamente por las comisuras de sus labios.

A lo lejos se escucha la Danza del Hada de Azúcar, del Cascanueces de Tchaikovsky, que viaja en el anaranjado viento del ocaso y penetra por la ventana.

EL CAFÉ DEL LIMBO

Las calles del Barrio Chino están atestadas de inmigrantes escandinavos, austriacos, húngaros, rumanos, búlgaros y croatas, de obreros, bohemios, delincuentes, marineros con pantalones arremangados por la rodilla y blusones a rayas fumando sus pipas de caña, de borrachos y prostitutas.

En la calle Conde del Asalto, entre cabarets, burdeles y pensiones de mala muerte, está ubicado el Café Limbo. Con sus mesas de mármol, sus paredes cubiertas de espejos mate y su sillas de madera vienesa, con su pequeño escenario mal iluminado donde todos los días de 2 a 4 de la madrugada suele ejecutar sus desafinadas melodías una sórdida orquesta de obesas señoritas semidesnudas y donde los viernes por la noche se montan las exóticas coreografías flamencas de Marité La Ronca, el Limbo es conocido principalmente por ser frecuentado por elegantes y andróginos jóvenes peinados con laca y brillantina y también por viejos afeminados luciendo insólitos peluquines de fantasía.

Desde hace ya unas cuantas horas, un andrógino jovencito de cuidado bigote se encuentra sentado frente a una copa de anís, en una de las mesas de mármol cerca del escenario. Con aire altanero y despectivo, mira de cuando en cuando a su alrededor como si buscara a alguien.

Si alguno de los habitués del Limbo se tomara el trabajo de analizarlo un poco más, se daría cuenta de que ese aire arrogante no hace sino disimular el temor del joven. Si lo observaran aún mejor, se darían cuenta incluso de que ni siquiera es un joven aristócrata sino una chica del pueblo disfrazada de muchacho.

Emma, Esmeralda y un grupo de compañeros de la fábrica han buscado al pequeño Gregor por toda la Ciudad Vieja. Han examinado casa por casa e incluso han ido al puerto a inspeccionar los barcos que partían para Marsella, para Génova, para Gibraltar, para Estambul. Han interrogado a los mendigos y a las prostitutas de la zona. Pero no han logrado nada. La única pista es la que ha dado el muchacho de la carbonería: un hombre con cabeza cuadrada y andar pesado y rítmico parecido a uno de los sirvientes de la condesa Daria.

Esmeralda ha decidido entonces investigar el palacio de esa condesa extranjera, de la cual tanto se habla en la ciudad y de la que se dice, por ejemplo,

que brinda descomunales fiestas a las que concurren miembros de todas las casas reales de Europa, acostumbrados a asistir a los banquetes, bailes y mascaradas más rimbombantes. Se dice que a recepciones de la condesa Daria asisten por igual los miembros legítimos e ilegítimos de la nobleza, los príncipes coronados y destronados, los conspiradores y los traidores, sean estos de países ancestrales, recién formados o inexistentes.

Conocida es la afición de la condesa por los jovencitos andróginos. Esmeralda se disfraza con el smoking a rayas que una sirvienta amiga ha birlado del vestidor de su patrón, ata su pelo con una coleta, se pone un bigote postizo y se presenta en el Café Limbo.

Luego de varias horas de espera, casi llegada la media noche, en el local entra un bullicioso grupo de paseantes bastante alcoholizados. Están disfranzados: hay allí un dragón chino, una odalisca, una Caperucita Roja, un Don Quijote y dos arlequines. La alegre compañía grita, ríe, se toma unos tragos y, antes de seguir su camino, invita a los clientes del Café Limbo:

-¡Esta noche hay fiesta de disfraces en la casa de la condesa Daria: ¡Estáis todos invitados!

ANTIFACES Y DIAMANTES

A la entrada del palacio, los sirvientes de la condesa Daria reparten antifaces de raso, tricorrios y matracas a todos los invitados que no han venido ya disfrazados. Algunos de estos antifaces incluso tienen pico o plumas, como en los carnavales venecianos. La Sala de las Estatuas bulle de smokings de terciopelo, trajes de satén rojo y botones de diamante. El motivo de la fiesta de la condesa: presentar en sociedad su nueva colección de autómatas, su posesión más preciada. Los autómatas son máquinas androides que, gracias a dispositivos mecánicos, neumáticos, hidráulicos o eléctricos, realizan acciones similares a las de los humanos. Los mismos tuvieron gran auge durante el siglo de las luces, en parte, debido a la perfección alcanzada en la época por la ciencia de la relojería, y en parte porque respondían a la concepción biomecánica que entonces imperaba del ser humano. Con la revolución industrial, la fabricación de autómatas había adquirido nuevos impulsos. Los artesanos del barrio del Marais, en París, por ejemplo, comenzaron a fabricar muñecos basados en motivos de la magia, del circo y del music-hall. Este es

el caso de Alexandre Nicolas Théroutde, Jean-Marie Phalibois o Jean Louis Rouillet Deschamps, entre otros.

La condesa, por su parte, compró sus autómatas a un artesano de la ciudad de Dijón, de quien se rumorea que utiliza extraños procedimientos a la hora de construir sus muñecos, como por ejemplo, que la pasta de papel y fibras de madera que utiliza para realizar sus cuerpos está mezclada con sangre humana y que es por esta razón que la piel de los mismos posee ese color levemente rosáceo que les da un aspecto especialmente realista.

La condesa está radiante con su vestido azul mar y su tiara de zafiros. Ríe sin cesar y su risa llena el aire y lo hace vibrar como un cristal a punto de romperse. Luego aspira el humo de su larga boquilla de marfil y bebe de su alta copa de champagne y el universo entero se llena de humo y de burbujas. Daria circula entre los racimos de invitados. Allí se encuentran, además de la crema y nata de la sociedad catalana, una serie de aristócratas en el exilio, como la archiduquesa Eugenia Clara de Friburgo, a quien los revolucionarios de su país le grabaron en la frente la palabra DRECKSHURE, que lleva siempre cubierta con una diadema incrustada de topacios. Junto a un jarrón Satsuma de mediados del

siglo XVIII, encontramos al barón von Buch, peinado con una rígida raya al medio y con una gardenia blanca en la solapa. Los últimos acontecimientos lo han convertido en un ser sumamente desconfiado, al borde de la paranoia. Desde su rincón, observa a todos los presentes con recelo.

Cuando las campanadas del reloj de la sala dan las 12, todos los invitados rodean una vitrina de vidrio, colocada en el centro de la sala y cubierta con un gran paño de terciopelo color granate. Hugo y Txitxo descubren la vitrina. Una ola de murmullos de admiración recorre la sala.

-Parecen reales!

Dentro de la vitrina han quedado a la vista cinco muñecos mecánicos cuya apariencia humana es asombrosa. Se trata de cinco músicos negros vestidos con pantalones cortos a rayas de colores, camisas blancas y chaquetas rosadas.

Esmeralda aprovecha la distracción de los presentes y, retorciendo su falso bigote, se acerca a una de las mesas donde se exhiben, al igual que en el banquete del gobernador Sancho Panza, copiosos manjares como langostas, perdices, conejos, terneras. La joven jamás ha visto algo semejante. ¡El contenido de una sola de esas bandejas habría bastado para alimentar a sus nueve hermanos du-

rante un año entero! Esmeralda se acerca y, comprobando que nadie la observa, mete el dedo en la salsa de las perdices y luego se lo lleva a la boca.

Pero el barón von Buch sí la está observando. De hecho, observa al joven desde hace rato. Hay algo extraño en él y no puede determinar exactamente qué es. Ha preguntado ya a varias personas acerca de la identidad del muchacho pero, distraídas como están disfrutando de tan maravillosa fiesta, nadie ha podido o querido contestarle. Von Buch decide encararlo él mismo para interrogarlo. Al ver acercarse a semejante personaje rojizo, obeso, con su pata de palo y su parche en el ojo, Esmeralda, asustada, decide escabullirse por uno de los pasillos del salón hacia el interior del palacio.

EL TIEMPO DEL ALMA; EL TIEMPO DEL MUNDO

Esmeralda, disfrazada de joven y con un antifaz de raso morado tapando sus rasgos, se interna por el pasillo y desemboca en un salón oval pintado de amarillo pastel y repleto de relojes de péndulo, de piso y de mesa. Los hay contruidos en Holanda, Inglaterra, Suiza y Francia. Los hay de la ciudad de Nuremberg y también de Ausburgo. Algunos están hechos de porcelana. Otros, como los relojes cucú o de péndulo, por ejemplo, son de madera. Otros son de bronce o metales preciosos. Contra la pared, junto a la puerta, hay un reloj musical realizado en cuerno verde y decorado con incrustaciones de caparazón de tortuga marina y nácar. También hay otro de bronce con un dial astronómico realizado en azul heráldico que indica la posición mensual de los planetas.

Sobre una chimenea de mármol hay colocados una serie de relojes de porcelana de Sèvres, de Berlín, de Viena. Sorprendida por la belleza de estos objetos, Esmeralda se acerca y toma un imponente reloj estilo Luis XIV entre sus manos. Lo examina.

Está pintado a mano con un motivo de delicados y frágiles querubines. Su dial está esmaltado en color hueso y las horas están señaladas con números romanos de oro. De pronto, Esmeralda se da cuenta de que unos ojos claros la observan desde detrás del cortinado de la ventana. Asustada, suelta el reloj que cae al suelo y se hace pedazos. En ese momento se escuchan unos irregulares pasos provenientes del pasillo: es von Buch, que recorre el palacio en busca del joven.

Un joven pelirrojo, vestido con el mameluco amarillo de los jardineros, sale de su escondite detrás de la cortina y, presuroso, le indica mediante señas a Esmeralda, a quien cree un muchacho, que se tome su lugar tras el cortinado. Apenas logra hacerlo cuando el barón Von Buch entra en la habitación:

-¿Qué ha pasado? - inquiera lleno de sospechas, mirando al jardinero, luego los fragmentos de porcelana esparcidos por el piso y recorriendo la habitación con su atento único ojo. El jardinero baja la cabeza, simula pesadumbre y se inculpa a sí mismo golpeándose el pecho. Pero von Buch parece haber perdido súbitamente el interés en el reloj.

-¿No habrás visto tú por aquí a un joven de fino bigote y smoking a rayas?

El jardinero niega vehementemente con la cabeza. Confundido, el barón se retira y vuelve a la Sala de las Estatuas.

Cuando comprueba que el barón se ha retirado, Esmeralda sale de detrás de las cortinas. Al hacerlo, pierde su antifaz, su bigote y su coleta y deja al descubierto su bello rostro de brillantes ojos oscuros, su piel blanca, sus mejillas rosadas y su largo pelo ondeado del color del trigo.

- ¡Tú no eres un muchacho! -exclama el jardinero.

- ¡Tú no eres mudo! -exclama Esmeralda.

Los jóvenes se observan el uno al otro con cierto recelo. La atracción entre ambos es evidente. A continuación, una serie de confesiones mutuas se suceden en cascada:

-Esmeralda le revela al jardinero que está buscando a los niños perdidos de Barcelona y que sospecha que los mismos se encuentran en el palacio.

-El jardinero, cuyo nombre es Joan, le revela a Esmeralda que él, en realidad, no es un jardinero sino un espía aliado.

FUGA DE IDENTIDADES

Esmeralda y Joan buscan a los niños por todo el palacio. Recorren las 104 habitaciones ubicadas simétricamente a los costados de laberínticos pasillos. Todas están pintadas de color cereza. Todas tienen balcones, cuadros venecianos y alfombras de Persia, simulando jardines del edén. En ocasiones, los jóvenes se confunden y creen que, lejos de estar recorriendo la totalidad del palacio, en realidad están entrando siempre, una y otra vez, a la misma habitación. Luego de varias horas de búsqueda, encuentran a los niños, no en las habitaciones del palacio, sino en la cocina, metidos en unas pequeñas jaulitas y a punto de ser cocinados junto a unas enormes ollas dentro de las cuales bulle el agua hirviendo a borbotones.

Esmeralda y Joan abren los candados de cada una de las jaulitas y se aprestan a salir al jardín con los niños liberados. Pero pronto son descubiertos por Hugo y Txitxo, que justamente entran a la cocina buscando más caviar para los invitados de la condesa. Esmeralda, el jardinero y los niños se lanzan a la carrera a través del jardín. Pasan por entre las rosas inglesas, las rosas Virginia, las rosas Coral, las del Amazonas, las grandifloras, las

enanas, las Borbón, las Barcelona. Pero los niños son demasiado pequeños (la condesa los prefiere así por ser más tiernos) y apenas caminan. Incluso los que sí caminan, a veces se empaacan y lloran y no hay forma de hacerles seguir escapando.

Esmeralda mira hacia atrás y ve que una legión entera de jardineros los persigue. Se han formado en una especie de escuadrón militar color limón y avanzan rítmicamente bandeándose hacia la derecha y hacia al izquierda, como si todos ellos fueran piezas de una misma maquinaria.

Un detalle llama poderosamente la atención de Esmeralda: a medida que avanzan por el jardín, varios de los jardineros pierden sus brazos y piernas y, en ocasiones, hasta sus cabezas, pero igual siguen avanzando.

A los tropezones, Esmeralda, Joan y los niños escapan por entre los arbustos y las zarzas y llegan hasta el improvisado cobertizo de las palomas mensajeras, bajando la ladera del Monte Tibidabo.

-¡Por aquí! -indica Joan.

Esmeralda ingresa en el cobertizo y observa a su alrededor. Se trata de un pabellón construido en forma precaria, con maderas atadas con alambres, entre de zarzas y moreras salvajes. Adentro, posadas sobre unas vigas hechas con ramas de árboles, hay varias docenas de palomas. Algunas están dor-

midas, enrolladas consigo mismas como mullidas pelotas de plumas. Otras, en cambio, permanecen alertas y miran con ojos incisivos a los recién llegados. Sobre un grueso tablón, que hace las veces de una mesa, la joven ve unos curiosos cubos de metal plateado que poseen, en una de sus caras, unos cristales circulares que bien podrían ser ópticas fotográficas. Joan percibe el interés de Esmeralda.

- Se trata de microcámaras fotográficas que se colocan en los pechos de las aves mediante pequeños arneses. Estas cámaras poseen un temporizador incorporado y están preparadas para tomar fotografías cada 30 segundos -explica Joan y le revela a Esmeralda que su misión espía consiste en adiestrar a las palomas para que sobrevuelen las posiciones enemigas, es decir, los submarinos alemanes, en el mar Mediterráneo. Las palomas, con las cámaras atadas a sus pechos, obtienen así capturas que luego servirán para determinar las locaciones exactas de los blancos adversarios.

Fascinada, Esmeralda se acerca a las aves, toma una entre sus manos y observa que cada una de ellas tiene una cinta con un número atada a su pata. Pero puede ver otra cosa más: en cada uno de sus lomos, las palomas tienen un orificio del que sobresale una llave de cuerda. La joven gira varias veces la llave del ave que conserva en su mano y observa cómo esta agita sus alas de metal, levanta vuelo y se pierde detrás de los bosques de encinas.

¡Son palomas mecánicas!

Un extraño movimiento en el exterior del cobertizo motiva que Esmeralda dirija su vista hacia la cerca que lo circunda. Aterrada, comprueba que han sido descubiertos por los sirvientes de la condesa. Puede ver a Hugo y Txitxo que intentan entrar trepando por los alambres tejidos. Pero algo de lo más curioso sucede: al hacerlo, sus extremidades se enredan entremedio de los alambres y sus cuerpos se desarman. Esmeralda observa con horror sus troncos desmembrados, complejos mecanismos de relojería de los que sobresalen resortes, poleas y cables sueltos. ¡Hugo y Xixo son autómatas al igual que los músicos realizados por el artesano de Dijon!

Esmeralda ve que por el camino de la montaña se acercan una docena de jardineros, marchando sincronizados como en un desfile militar. Presa del pánico, se vuelve para alertar a Joan y los niños. Pero entonces ve con horror algo que no había percibido antes: cada uno de ellos posee también una enorme llave de cuerda que sobresale de su espalda. ¡Joan y los niños también son seres mecánicos! Algunos avanzan con espasmódicos y regulares pasos. Otros chocan con las paredes del cobertizo y cambian aleatoriamente la dirección de su marcha. Otros permanecen girando sobre sí mismos, sin desplazarse de sus lugares. Todos dirigen sus miradas vacías e inhumanas hacia adelante.

La joven intenta escapar. Sale del cobertizo y corre ladera a bajo. Al pasar junto a una morera, sin

embargo, la manga de su smoking se engancha con una de las ramas y siente que se le sale un brazo. Desesperada y confundida, Esmeralda observa el espacio vacío dejado por la extremidad ausente. Es entonces cuando descubre la verdad: ¡ella también es una autómata!



Condesas rusas exiladas, barones filonazis, funcionarios corruptos, espías omnipresentes conviven en la ciudad durante la Segunda Guerra Mundial. La historia transcurre entre lujosas y decadentes fiestas en palacetes del Tibidabo, U-Boats, niños que desaparecen misteriosamente del Raval, sirvientes sordomudos y extraños pájaros mecánicos.

Este texto fue incluido en la novela *La vida y obra de Ambrosia Pons*, que fuera finalista del XXIII Premio Herralde de Novela (Anagrama, Barcelona, 2005) y Finalista en el XIII Premio Planeta de Argentina (2006) y que permanece inédita.

COLECCIÓN NARRATIVA EXPERIMENTAL

